

miracion que le causara la vista de esta excepcional mujer, le halló tendido sobre la hierba y como muerto. El señor de Albon descargó el fusil en el aire para llamar gente, y gritó: ¡socorro! tratando de levantar al Coronel. Al ruido de la detonacion, la desconocida, que permaneciera inmóvil, huyó con la velocidad de una flecha, arrojó espantosos gritos como un animal herido, y giró por la pradera dando señales de un profundo terror. El señor de Albon oyó el rodar de una calesa por el camino de la Isla-Adam, é imploró la ayuda de los paseantes, agitando el pañuelo. Bien pronto se dirigió el coche hácia Buenos-Hombres, y de Albon reconoció al señor y señora de Grandville, sus vecinos, que se apresuraron á bajar del carruaje y á ofrecersele al Magistrado. La señora de Grandville traia casualmente un frasco de sales, y se las hicieron respirar al señor de Sucey. Cuando el Coronel abrió los ojos, los volvió hácia la pradera por donde la desconocida continuaba corriendo y gritando, y dejó escapar una exclamacion indistinta, pero que revelaba un sentimiento de horror; despues cerró nuevamente los ojos, haciendo señas como para pedir á su amigo que le apartase de aquel espectáculo. Los señores de Grandville dejaron el coche á disposicion del Consejero, diciéndole ga-

lantemente que iban á continuar á pié su paseo.

— ¿Quién es, pues, esta dama? les preguntó el Magistrado, designando á la desconocida.

— Se presume que viene de Moulins, contestó el señor de Grandville. Se llama la Condesa de Vandières, se dice que está loca; pero como nó está aquí más que desde hace dos meses, no puedo salir garante de la veracidad de estos dichos.

El señor de Albon dió las gracias á los señores de Grandville, y partió para Cas-san.

— ¡Es ella! exclamó Felipe, volviendo en sí.

— ¿Quién es ella? preguntó de Albon.

— Estefanía. ¡Ah, muerta y viva! ¡Viva y loca! Pensé morirme.

El prudente Magistrado, que comprendió la gravedad de la crisis de que era presa su amigo, se guardó muy bien de preguntarle ó de irritarle, deseando con impaciencia llegar al castillo, porque el cambio operado en las facciones y en toda la persona del Coronel, hacia temer que la Condesa le hubiese comunicado su terrible enfermedad. Tan pronto como el carruaje llegó á la avenida de la Isla-Adam, de Albon envió el lacayo á casa del médico del pueblo, de modo que al momento en que

acostaron al Coronel, el doctor se encontró á la cabecera de su cama.

— Si el señor Coronel no hubiese estado casi en ayunas, dijo el cirujano, estaria muerto ya. Su debilidad le ha salvado.

Después de haber indicado las primeras precauciones que habia que tomar, salió el doctor para preparar por su mano una poción calmante. Al dia siguiente por la mañana se encontraba mejor el señor de Sucey, pero el médico habia querido velarle él mismo.

— Os confieso, señor Marqués, dijo el doctor al señor de Albon, que he temido una lesion al cerebro. El señor de Sucey ha recibido una conmocion muy violenta, sus pasiones son vivas, pero en temperamentos como el suyo el primer golpe recibido decide de todo. Mañana, acaso, estará fuera de peligro.

No se equivocó en su pronóstico, pues al dia siguiente permitió que el Magistrado viera á su amigo.

— Mi querido de Albon, dijo Felipe estrechándole la mano, me vas á hacer un favor. ¡Véte inmediatamente á Buenos-Hombres! infórmate de todo lo concerniente á la dama que hemos visto allí, y vuelve en seguida, porque contaré los minutos.

El señor de Albon montó á caballo, y galopó hasta la antigua abadía. Al llegar allí,

vió delante de la verja un hombre alto y seco cuyo rostro disponia en contra, y que contestó afirmativamente cuando el Magistrado le preguntó si vivia en aquella casa ruinosa. El señor de Albon le contó el motivo de su visita.

— ¡Qué oigo, caballero! exclamó el desconocido. ¿Acaso sois vos el que ayer disparó ese tiro fatal? Poco faltó para que matéis á mi pobre enferma.

— Caballero, yo tiré al aire.

— Ménos daño hubierais causado á la señora Condesa si la hubierais dado.

— Corriente, pero nada teneis que echarnos en cara, porque por poco se muere mi amigo el señor de Sucey al solo aspecto de vuestra Condesa.

— ¿Se trata acaso del baron Felipe de Sucey? exclamó el médico cruzando las manos. ¿No es el que fué á Rusia al paso del Beresina?

— Sí, contestó de Albon, el que fué preso por los cosacos y llevado á Siberia, de donde ha vuelto al cabo de once años próximamente.

— Entrad, caballero, dijo el desconocido conduciendo al Magistrado á un salon situado en el piso bajo de la habitacion en que todo parecia devastado caprichosamente.

Preciosos vasos de porcelana yacian ro-

tos al lado de un péndulo cuya caja estaba intacta. Las cortinas de seda trapeadas que estaban delante de las ventanas, habían sido desgarradas, mientras se respetara el doble cortinaje de muselina.

— Bien veis, dijo al señor de Albon, al entrar, el destrozo que ha hecho la encantadora criatura á la que me he consagrado. Es mi sobrina; á pesar de la impotencia de mi arte, espero volverla algun día á la razon, ensayando un sistema que por desgracia sólo las personas ricas pueden poner en práctica.

Después, como todas las personas que viven en la soledad, entregadas á un dolor continuo, contó largamente al Magistrado la aventura siguiente, cuyo relato ha sido coordinado y descartado de las numerosas digresiones que hicieron tanto el narrador como el Consejero.

Al abandonar, sobre las nueve de la noche, las alturas de Studzianka, que había defendido todo el día del 28 de Noviembre de 1812, el general Víctor dejó allí un millar de hombres encargados de proteger hasta el último momento aquel de los dos puentes construidos sobre el Beresina, que aún subsistía. Esta retaguardia se había sacrificado por tratar de salvar una horrible multitud de rezagados extenuados por el

frio, que se empeñaron con obstinacion en no abandonar los trenes del ejército. El heroismo de esta gente generosa iba á ser de todo punto inútil. Los soldados que en masas afluián á las orillas del Beresina, encontraban en ellas, desgraciadamente, la inmensa cantidad de coches, arzones y muebles de todas clases que el ejército se había visto obligado á abandonar al verificar su paso durante las jornadas del 27 y del 28 de Noviembre. Estos desgraciados, herederos de inesperadas riquezas, embrutecidos por el frio, se alojaban en los vivacs vacíos, rompian el material del ejército para construir cabañas, hacían fuego con todo lo que tenían á mano, destrozaban los caballos para alimentarse, arrancaban el paño y telas de los coches para cubrirse, y dormían, en vez de proseguir su camino y atravesar tranquilamente el Beresina durante la noche que por una fatalidad increíble fué tan funesta al ejército. La apatía de estos pobres soldados no puede comprenderse sino por aquellos que recuerdan haber atravesado estos extensos desiertos de nieve, sin más perspectiva que un horizonte de nieve, sin más bebida que la nieve, sin más lecho que la nieve, sin más alimento que la nieve ó algunas remolachas heladas, algunos puñados de harina ó algun trozo de carne de caballo. Muriéndose

de hambre, de sed, de cansancio, de sueño, llegaron estos infortunados á una playa en la que encontraron madera, lumbre, víveres, innumerables trenes abandonados, vivacs, en fin, todo un pueblo improvisado. La aldea de Studzianka habia sido partida en trozos, repartida, trasportada enteramente desde las alturas á la planicie. Por muy *dolente* y peligrosa que fuera esta ciudad, sus miserias y peligros tenian atractivos para gente que no veian delante de sí más que los espantosos desiertos de la Rusia. En una palabra, era un vasto hospital que no tuvo más que veinte horas de duracion. El cansancio de la vida ó el presentimiento de un bienestar inesperado, volvía á esta masa de hombres inaccesible á todo otro pensamiento que no fuera el del reposo. Aunque la artillería del ala izquierda de los rusos tiraba sin descanso sobre esta masa que se dibujaba como una gran mancha, tan pronto negra, tan pronto llameante en medio de la nieve, sus infatigables balas no parecian á la muchedumbre entorpecida más que una nueva incomodidad. Aquello era como una tempestad cuyos rayos despreciaba todo el mundo, porque no debia herir aquí y allá más que á moribundos, á enfermos, ó acaso á muertos. A cada momento llegaban por grupos los rezagados. Estas especies de cadáveres

ambulantes se reparaban en seguida, ó iban á mendigar un puesto de hogar en hogar; despues, rechazados las más de las veces, se juntaban de nuevo para alcanzar por la fuerza la hospitalidad que se les negaba. Sordos á la voz de algunos oficiales que les precedian la muerte para el dia siguiente, gastaban la suma de valor necesaria para pasar el rio, en construirse asilo para una noche, en hacer una comida generalmente funesta; la muerte que les aguardaba no les parecia un mal puesto que les dejaba dormir una hora. No daban el nombre de *mal* sino al hambre, á la sed, al frio. Cuando ya no se encontró ni madera, ni lumbre, ni tela, ni abrigo, se entablaron horribles luchas entre los que llegaban careciendó de todo y los ricos que poseian una habitacion. Los más débiles sucumbieron. Llegó, en fin, un momento en que algunos hombres perseguidos por los rusos no tuvieron otro vivac que la nieve, y se acostaron en ella para no volverse á levantar. Insensiblemente, esta masa de seres casi aniquilados se tornó tan compacta, tan sorda, tan estúpida, ó acaso tan feliz, que el general Victor, el heroico defensor que resistió á veinte mil rusos mandados por Wittgenstein, se vió forzado á abrirse un paso, á viva fuerza, á través de este bosque de hombres, á fin de que fran-

quearan el Beresina los cinco mil valientes que aquel llevaba al Emperador. Los infortunados se dejaban aplastar antes que moverse, y perecían en silencio, sonriendo hácia sus apagadas hogueras, y sin pensar en la Francia.

Hasta las diez de la noche no pudo el duque de Bellune llegar á la orilla opuesta del rio. Antes de meterse por los puentes que conducen á Zemin, confió la suerte de la retaguardia de Studziancka á Eblé, que fué quien salvó á todos los que sobrevivieron á las calamidades del Beresina. Alrededor de media noche sería cuando este gran General, seguido de un oficial valeroso, abandonó la pequeña cabaña que ocupaba cerca del puente, y se puso á contemplar el espectáculo que presentaba el campo situado entre la orilla del Beresina y el camino de Borizof á Studzianka. El cañon de los rusos habia acabado de tronar; innumerables hogueras que en medio de aquel monton de nieve palidecian y semejaban estar privadas de resplandor, alumbraban aquí y allá figuras que nada tenían de humano. Cerca de treinta mil desgraciados, pertenecientes á todas las naciones que Napoleon habia arrojado sobre la Rusia, jugaban sus vidas con brutal indiferencia.

— Salvemos todo esto, dijo el General al

oficial. Mañana por la mañana los rusos serán dueños de Studzianka. Será necesario quemar el puente en el momento en que aparezcan; por lo tanto, amigo mio, valor! Hazte sitio hasta la altura. Di al general Fournier que apenas tiene tiempo de evacuar su posicion, de atravesar toda esta gente y de pasar el puente. Cuando hayas visto que se pone en marcha, le seguirás. Con ayuda de algunos hombres útiles quemarás sin piedad los vivacs, los trenes, los arcones, los coches, todo! ¡Arroja esa muchedumbre sobre el puente! Obliga á todo el que tenga dos piernas á refugiarse en la otra orilla. El incendio es por ahora nuestro último recurso. Si Berthier me hubiese dejado destruir estos malditos trenes, el rio no se hubiera tragado ninguno de mis pobres pontoneros; esos cincuenta héroes que han salvado el ejército y que serán olvidados.

El General llevó la mano á la frente y permaneció silencioso. Presentia que la Polonia sería su tumba, y que ninguna voz se levantaria en favor de esos hombres sublimes que se mantuvieron en el agua, ¡en el agua del Beresina! para clavar los puntales de los puentes. Uno solo de ellos vive aún, ó por mejor decir, sufre en una aldea ignorado! El ayuda de campo partió. Apenas habia dado cien pasos este oficial gene-

roso, cuando el general Eblé despertó á muchos de sus pontoneros valientes y comenzó su obra caritativa quemando los vivacs construidos al rededor del puente, y obligando con esto á los durmientes que los rodeaban á pasar el Beresina. Mientras tanto el jóven ayudante de campo habia llegado, no sin trabajo, á la única casa de madera que quedó en pié en Studzianka.

— ¿Está muy llena esta barraca, camarada? dijo á un hombre que percibió fuera.

— Si entráis seréis muy hábil, contestó al oficial sin volverse y sin dejar de demoler con su sable la madera de la casa.

— ¿Sois Felipe? dijo el ayuda de campo reconociendo, por el metal de voz, á uno de sus amigos.

— Sí, ¡ah, ah! eres tú, querido, replicó el Sr. de Sucey mirando al ayuda de campo, que no tenia, lo mismo que él, más que veintitres años. Yo te hacia del otro lado de este río sagrado. ¿Vienes á traernos pasteles y confituras para los postres? En ese caso serás recibido, añadió, acabando de desgajar la corteza de madera que daba á su caballo á guisa de provision.

— Yo busco á vuestro jefe para ordenarle de parte del general Eblé que desfile hácia Zemin. Apenas teneis tiempo de

atravesar esta masa de cadáveres que voy á incendiar inmediatamente para hacerlos andar.

— ¡Tú casi me sofocas! ¡Tu noticia me hace sudar! Tengo que salvar dos amigos. ¡Ah, sin esas dos marmotas ya hubiera muerto, querido! Por ellas cuido mi caballo, y no me le como. Por favor, ¿llevas ahí alguna corteza de pan? Hace treinta horas que no he embaulado nada, y eso que me he batido como un poseído á fin de conservar lo poco que de calor y valor me resta.

— ¡Pobre Felipe! ¡Nada, nada! ¿Pero vuestro General está allí?

— ¡No trates de entrar! En esta granja están encerrados nuestros heridos. Sube un poco más arriba, y hallarás á la derecha una especie de pocilga: allí está el General. Adios, camarada. Si alguna vez bailamos un vals sobre el pavimento de un salon de París...

No pudo acabar la frase, porque el cierzo sopló en aquel momento con tal perfidia, que el ayuda de campo echó á andar para no helarse, y á Felipe se le congelaron los labios. Pronto reinó el silencio. Solamente le interrumpian los gemidos que salian de la casa, y el ruido sordo que hacia el caballo del Sr. de Sucey, moliendo con hambre y rabia la corteza helada de los árboles con los que estaba construida la

casa. El Comandante volvió el sable á la vaina, cogió bruscamente las bridas del precioso animal, que habia sabido conservar, y le arrancó, á pesar de su resistencia, al deplorable alimento que parecia saborear goloso.

— ¡En marcha, Bichette, en marcha! Nadie más que tú, hermosa mia, puede salvar á Estefanía. Ea; más tarde nos será permitido reposar, morir, sin duda alguna.

Felipe, envuelto en un capoté forrado de pieles, al que debía su energía y conservación, se dió á correr pisando fuertemente la nieve endurecida, para entrar en calor. Apenas hubo andado el Comandante quinientos pasos, cuando divisó un gran fuego en el sitio en donde por la mañana habia dejado su coche bajo la custodia de un viejo soldado. Una horrible inquietud se apoderó de él. A semejanza de todos aquellos que en esta derrota se vieron dominados por un sentimiento poderoso, halló para socorrer á sus amigos fuerzas que acaso no hubiera tenido para salvarse á sí mismo. Presto llegó á algunos pasos de un repliegue formado por el terreno, en cuyo fondo habia colocado al abrigo de la balas á una jóven, compañera de infancia y su más estimado bien.

Cerca del coche se hallaban unos treinta rezagados reunidos delante de una inmen-

sa hoguera que alimentaban arrojando en ella tablas, tapas de arcones, ruedas y tableros de coches. Eran indudablemente estos soldados los últimos llegados de entre todos aquellos que desde el ancho surco descrito por el terreno al pié de Studzianka hasta el rio fatal, formaban á manera de un océano de cabezas, hogueras, barracas; un mar vivo, agitado por movimientos casi insensibles, y del que salia un sor-do zumbido; frecuentemente mezclado de terribles estrépitos. Obligados por el hambre y la desesperacion, estos desgraciados habian probablemente registrado á la fuerza el coche. El viejo general y la jóven que encontraron acostados sobre bultos de equipaje, envueltos en capas y capotes de pieles, yacian en aquel momento acurrucados delante del fuego. Una de las puertas de estribo del carruaje habia sido destrozada. Apenas oyeron los hombres colocados alrededor de la hoguera los pasos del caballo y del Comandante, se alzó entre ellos un grito de rabia inspirado por el hambre:

— ¡Un caballo, un caballo!

Las voces de todos no formaron más que una sola voz.

— ¡Retiraos! ¡Tened cuidado! exclamaron dos ó tres soldados echando mano al caballo.

Felipe se puso delante de su yegua, diciendo: — Miserables, voy á plantaros á todos de cabeza en el fuego. Arriba hay caballos muertos. Id á buscarlos.

— ¡Será farsante este oficial! A la una, á las dos. ¿Quieres separarte? replicó un granadero colosal. ¿No? Pues bien, como quieras entonces.

Un grito de mujer dominó la detonacion. Felizmente no hirieron á Felipe; pero Bicheite, que habia sucumbido, luchaba contra la muerte; tres hombres se lanzaron y la remataron á bayonetazos.

— ¡Canibales! Dejadme coger la manta y mis pistolas, dijo Felipe desesperado.

— Pase por las pistolas, replicó el granadero. En cuanto á la manta, he ahí un infante que desde hace dos dias *no tiene nada en el sanal*, y que tiritaba de frio con su maldito traje de tela de cebolla. Es nuestro general...

Felipe guardó silencio al ver un hombre con el calzado usado, el pantalon agujereado en diez partes, y que no llevaba á la cabeza más que un mal gorro lleno de escarcha. Se apresuró en seguida á coger sus pistolas. Cinco hombres condujeron la yegua delante de la lumbre, y se pusieron á despedazarla, tan hábilmente como hubieran podido hacerlo los mozos carniceros de París. Los trozos eran arrancados por

milagro y arrojados sobre los carbones. El Comandante fue á colocarse cerca de la mujer que habia dado un grito de espanto al reconocerle; la encontró inmóvil, sentada sobre un cojin del coche y calentándose. Ella le miró silenciosamente, sin sonreírle. Felipe percibió entonces cerca de él el soldado á quien confiara la defensa del carruaje; el infeliz estaba herido. Anodado por el mayor número, acababa de ceder á los rezagados que le habian atacado; pero á semejanza del perro que ha defendido hasta el último momento la comida de su amo, habia tomado su parte de botin, y se habia hecho una especie de capa con un paño blanco. Por el momento se ocupaba en dar vueltas á un pedazo de la yegua, y el Comandante vió en su rostro la alegría que le causaban los preparativos del festin. El Conde de Vandières, que habia tres dias se habia vuelto como un niño, permanecia sobre un almohadon, cerca de su mujer, y miraba fijamente las llamas, cuyo calor empezaba á desvanecer su sopor. Ni el peligro y llegada de Felipe, ni el combate en virtud del cual acababa de ser saqueado su coche, le conmovieron lo más mínimo. Sucy agarró al momento la mano de la Condesa para darle una prueba de afeccion y expresar el dolor que experimentaba al verla reducida á la última

miseria; pero permaneció silencioso cerca de ella, sentado sobre un monton de nieve que chorreaba al derretirse, y llegó hasta ceder á la dicha de calentarse, olvidando el peligro, olvidándolo todo. Su rostro se contrajo, bien á su pesar, por una expresion de alegría casi estúpida, y esperó impaciente á que estuviese asado el trozo de yegua dado á su soldado. El olor de la carne carbonizada irritaba su hambre, y su hambre acalló su corazon, su valor, su amor. Contempló sin cólera los efectos del saqueo de su coche. Todos los hombres que rodeaban la hoguera se habian repartido las mantas, los almohadones, los capotes de pieles, los vestidos, los trajes de hombre y de mujer pertenecientes al Conde, á la Condesa y al Comandante. Felipe se volvió para ver si aún se podía sacar partido de la caja. Al resplandor de las llamas divisó el oro, los diamantes, la plata, esparcidos sin que nadie pensase en apropiarse la menor partícula. Cada uno de los individuos reunidos por la casualidad al rededor del fuego guardaba un silencio que tenia algo de horrible, y no se ocupaba más que de buscar su bienestar. Semejante miseria era grotesca. Las caras, descompuestas por el frio, estaban cubiertas con una mano de barro sobre la que las lágrimas trazaban un surco, desde los ojos hasta la raíz de

las mejillas, que ponía de manifesto el espesor de la costra. La suciedad de sus largas barbas los volvía más espantosos. Unos estaban envueltos en chales de mujer; otros llevaban caparazones de caballo, mantas embarradas, trapos llenos de escarcha que se derretía; algunos tenían un pié en una bota y otro en un zapato; no habia ninguno cuyo traje no tuviera alguna particularidad risible. En presencia de cosas tan divertidas, estos hombres permanecian graves y sombríos. El silencio no era interrumpido más que por el crujido de la madera, por el chisporroteo de las llamas, por el lejano murmullo del campo y por los sablazos que los más hambrientos daban á Bichette para arrancarla los mejores pedazos. Varios infelices, más cansados que los otros, dormían; y si alguno rodaba hasta el fuego nadie le levantaba. Estos severps lógicos pensaban que si no estaba muerto, la quemadura le obligaría á colocarse en sitio más cómodo. Si el desventurado despertaba en la hoguera y perecia, nadie se dolía. Algunos soldados se miraban como para justificar su propia indiferencia por la indolencia de los demás. La jóven Condesa presencié dos veces este espectáculo y permaneció muda. Cuando estuvieron cocidos los diferentes pedazos puestos á asar, cada cual satisfizo su ham-